

El hombre queso

- Cristhian Moreno

Mientras el viento silbaba la hora de llegar, los hijos del campesino corrían a avisar. Ciertamente que el 4 de julio de 1916 no pasó nada. Los barcos que rutinariamente llegaban a equiparse de los derivados de la leche en las bahías de *El Flagelo* no llegaron. Nadie sabe por qué los niños avisaron. Se les había dejado muy claro desde siempre que si no estaban seguros de nada no podían hablar. ¿Pero quién, en su sano juicio, sería capaz de afirmar algo de lo que no se está seguro? Eso me dijo semanas después Mr. Chess, un señor bastante mayor, de cabellera blanca y rostro militar.

Los vacíos en su dentadura emulaban dos grandes y separados tanques que daban cuenta de la experiencia que había tenido en la brigada, y los proyectiles de los cañones que había disparado muy posiblemente se retrataban en todo su rostro. Pero no exageremos. Resulta que en su juventud la adolescencia le había pasado factura con enormes huecos en sus mejillas. Cuando lo conocí, creía que siempre le habían apodado Mr. Chess, pues además de que el idioma en el pueblo es bastante nuevo y da lugar a bastantes pronunciaciones extrañas, también lo relacioné en su momento por su gran habilidad con el ajedrez, en el, pues en el pequeño pueblo regularmente era galardonado como el Campeón del flagelo, un imponente título que lo convertía en el mejor jugador de ajedrez entre los casi 100 habitantes del pueblo, y aunque solo 8 jugaban, era un título de bastante orgullo para los flagelantes, pues cada año los participantes ganadores se medían en justas contras las otras islas del pueblo americano. Lo que nadie sabía era que Mr. Chess escogió ese deporte con una perspicaz intención. Quería escapar del verdadero significado de su apodo. En su juventud los contemporáneos le decían Chess queriendo decir "Cheese" (pues el idioma era

nuevo para ellos en esos tiempos) haciendo una apología a las cicatrices de su juventud. Ese apodo marcaría en el toda una vida. Si de por sí era muy difícil crear una familia en un pueblo con tan poca población, tener ese apodo característico no le ayudaba mucho. Desde los 12 sus conciudadanos le recordaban todo el día el vacío de sus mejillas. Desde los 12 le mostraban su vacío. Tal vez es por eso que le tenía tanto asco a su pueblo.

Desde la colonización americana, El flagelo se había convertido en un referente de los productos derivados de la leche, pues después del tratado de la Felicidad, los americanos se habían comprometido a traerles una clase de vaca al mes durante 3 años, si se declaraban miembros del pueblo americano. Tan pronto como los americanos hicieron la propuesta los flagelantes aceptaron. Nadie puso pero. La verdad nadie en su sano juicio lo pondría. Las personas que habitaban el pueblo vivían de una curiosa venta, que abruptamente desapareció y que el destino había subsanado con el pueblo americano. Resulta que por razones de la suerte, los movimientos artísticos alternos del mundo encontraban en la estampilla del pueblo del flagelo una estética enigmática. Era un poco más delgada que las otras, y el hilo con el que cocían su pálido espectro retrataba muy satisfactoriamente la recesión de la época. Tal vez por eso la escogieron. De repente las estampillas se hicieron demasiado populares y todo el pueblo dejó el comercio común de lado para empezar a producir masivamente aquel producto estrella. Todos disfrutaron de la edad de oro del pueblo. Hasta hoy quedan restos en las arenosas construcciones los lujos que traían al pueblo las estampillas. Hasta que un día la estampilla se volvió común. En el instante en que el tercer periódico más grande del pueblo americano reconociera la estampilla como una de las más estéticas y alternas del momento, inmediatamente las ventas pararon. Nadie volvió a buscar estampillas, pues lo diferente se volvió común, y los alternos desecharon

esa identidad y crearon otra. Las riquezas del pueblo que pronto habían emergido, aún más pronto amenazaban con desaparecer. Todo su comercio se centró en la fabricación de estampillas, y estaban quebrados.

Unos dicen que la sociedad americana se percató de esto y le ordenó al periódico publicar la noticia para poder después vendernos la solución. Otros dicen que ellos llegaron como la bendición a sacarnos del ahogo. Pero lo cierto es que desesperados, y casi sin soluciones, se vieron obligados a aceptar el trato. Después de un tiempo y con el desarrollo de las especies la leche y sus derivados volvieron al pueblo un referente en la calidad de los productos lácticos incluyendo al queso.

El joven Chess fué testigo de toda la transición, y recuerda con mucha amargura su relación pre-queso y post-queso. La época del tratado de la Felicidad empezó cuando tenía 8 años, pero el comercio láctico sentó su apogeo cuando tuvo 16.

Para ser sinceros, a Chess no le gusta contar esa parte de su historia, pero la verdad es que todos se la saben. Sino que aveces preferimos hacerle creer que nadie sabe nada bombardeándole con preguntas para que perciba nuestro intereés, y que después, al negarse, se sienta con la paz de que supo guardar el secreto. Unos le llaman a eso manipulación, yo le llamo humanidad, pues si supiera lo que sabemos de él, tal vez no nos trataría con ese tono humorístico de superioridad, parecido al de bufón , que de vez en cuando alegra el ambiente en este podrido sucio y grasiento pedazo de tierra llamado el Flagelo

Su infancia fué muy feliz, nunca tuvo nada que pedir, nada que desear, lo tuvo todo desde pequeño. Sus padres nunca lo dejaron solo; estudiaban juntos los libros que llegaban en las embarcaciones, intentaban explicar lo poco que entendían, pero sobre todo lo amaban. Era

un niño muy feliz, todos lo querían, todos lo admiraban. Cuando lo escuchamos en el bar dice cosas "¿Si soy él, entonces porque no soy feliz?", unos dicen que es porque pese a qué logró su sueño (aunque no es nada cierto), llegó en el acmé de su madurez a concluir que el hombre nunca va a llegar a ser feliz, pero yo creo firmemente que es porque el ya no sabe ni quién es desde sus 11 años, que es cuando se funda la primera escuela con la ganancia del monopolio láctico. Es a partir de ahí que comienza su horror.

Los primeros meses de colegio, mientras los compañeros apenas se adaptaban (pues al ser pocos niños no necesitaban de escuela, sino que a cada uno le llegaban libros que pretendían ejercer esa labor), era genial, hasta que poco a poco la confianza fué llegando a la casa de estudio y la amistad se fué estrechando, pues aunque desde antes se conocían, solo se veían muy de vez en cuando. Tal vez por eso es que les fué muy fácil volverse muy amigos, hasta que llegó el acné.

Resulta que el nuevo negocio de los lacteos era muy nuevo y nadie lo conocía, por lo que un viernes el pueblo americano se comprometió con proveer de instructores a los habitantes del Flagelo, una de esas personas, un conocido lechero, había llegado a la isla con Isa su hija. Era una niña risueña, atenta y juguetona de la misma edad que el joven Chess. Chess la había visto llegar. Desde siempre ha estado muy atento sobre lo que pasa alrededor del pueblo, así que su centro de atención eran los productos que desembarcaban. Estaba mirando a lo lejos si los barcos se iban a llevar las estampillas fabricadas de su familia, pues hacía tiempo que el barco desembarcaba y no se llevaba nada del pueblo. A él se le hacía extraño como de la nada sus padres pasaron de preocuparse por no cumplir con la producción de estampillas, a vivir como dicen algunos foráneos la vida buena. El caso es que en medio de su confusión, con sus mejillas rosadas y tiernas todavía, cruzó miradas con

la joven niña, que justo salía del barco. No había pasado nada más, pero a su concepción tenía una poderosa ventaja: era la primera persona que ella había visto de la isla, y su cabeza empezó a maquinarse en su cabeza la posibilidad de cortejarla. Inmediatamente el joven corrió presuroso a su casa, tomó unas hojas sueltas y un bolígrafo, y procedió a preparar el plan infalible para conquistar su corazón. Entre impresiones de libros, poemas antiguos, e historias de sus padres, Chess se empapó demasiado de la literatura, y pronto la esencia de las letras empezaba a maquillar a la muchacha, que aumentaban en él la sed por impresionarla.

Su magistral proceder consistía en tres partes bastante bien pensadas, al menos en su mundo fantástico, que fue diseñado para que al culminar cada etapa, pudiera conquistar su corazón. La verdad no sé por qué preparó el plan, yo creo al menos que ni le gustaba. Solo quería exprimir una nueva novedad que en el Flagelo no era muy común, y más que el deseo por conquistarla, era una necesidad por ser el conquistador. El caso es que un ingenioso plan fué desarrollándose durante todo el fin de semana, pero cada que el proyecto parecía terminar, lo encontraba bastante exiguo cuando lo sometía a las pruebas de su fantasía. Sus incansables palabras terminaban por desbordarse en el mar de las burlas (sus propias burlas), y con el paso del sábado y domingo, su plan pasaba de “conquistador” al del defensor de un juicio errático; su plan ya no buscaba entregarse a ella. La idea principal al paso de las horas estaba blindando un barquito en medio del mar con demasiados botes salvavidas, como para que, en medio de una posible turbulencia, sus palabras saltaran del barco al menor gesto sutil de rechazo. La panorámica se vestía de un pequeño barquito apenas labrado, rodeado de numerosos acorazados, blindados y armados hasta los dientes con cañones pesados.

Conforme anochecía, los minutos eran testigos de como su plan descharchaba de la piel del leproso que duramente se enfrentaba con la realidad. Y tan pronto como se percataba de esto, rápidamente cocía con medida quirúrgica con más planes x y z los hilos que penetraban el papel. Todo esto lo acompañaba una fuerte tormenta de lluvia que acompañaba con rayos los alientos del joven. Súbitamente, la piel del leproso empezó a hervir. Las burbujas derretían los barcos, las palabras y los intentos. Su plan tambaleaba con las horas mientras se descocían sus remiendos. Sus pocas fuerzas le obligaron a soltar el papel en el diván, y en pocos segundos el dolor del papel se transfería a su piel, y el calor de las hojas sacudía su dermis. Se levantó incomodo, sacudió sus ropas, y mientras sus pies descoordinados por la fiebre continuaban uno detrás del otro por acercarse a su cama, las burbujas del papel empezaban a permear su rostro. La piel se deformaba en enormes coágulos de piel que se movían al son del mar, y uno a uno amenazaban con romper las fibras, mientras la temperatura de su cuarto amenazaba con llegar al punto de ebullición. De repente, los pies dejaron de funcionar, cayendo de rodillas a unos cuantos pies del dormitorio. Después de esto su primera burbuja explotó.

Seguía de noche, y con las enormes ráfagas de viento de la tormenta se había cortado la electricidad en toda la isla. La única fuente de luz eran los relámpagos que invadían el segundo piso de su casa, y que le sirvieron para desplazarse hasta el espejo, pues aunque no sabía muy bien que había pasado con esa extraña sensación, al momento de tocar su rostro sentía en las mejillas una humedad extraña, mucho más espesa que el sudor que ya invadía su cuerpo por el estrés, es por eso que mientras se guiaba por las milésimas de segundo que los rayos proyectaban en el pasillo, se dirigía con aún más rapidez a revisar su mejilla en el espejo, que quedaba al otro lado de su habitación. El techo sonaba, las paredes de madera

gritaban su nombre, y el piso mal lijado intentaba impedirle entrar a la habitación del espejo. El obviamente ignoraba todas las señales, porque desde siempre lo quiere saber todo, así no le convenga, y casi como si fuera un deporte, le encanta disfrutar del sufrimiento que tanto repele, pero que en el fondo anhela. A unos cuantos pies del espejo, el feroz viento pretendía arrastrar toda la casa por la isla, y mientras la casa sedimentada lo intentaba impedir, el techo empezaba a ceder espacio. El joven, ya muy cerca del espejo, se percataba que el techo comenzaba a desprenderse, y conforme cedía el viento invadía todo su rostro, que empezaba a romper como un papel la reciente cicatriz. En el momento en que el dolor comienza, manda las dos manos al rostro sin percatarse que las cosas que habitaban aquella habitación, comenzaban a moverse furiosamente. El demacrado con las manos en la cara intenta mirarse en el espejo, y mientras un rayo ilumina su ahora gigante cicatriz, el espejo casi como una cachetada irrumpe en su espacio y se destruye con su cuerpo. El golpe fue tan grave, que inmediatamente quedó inconsciente y su cara tan partida como las porciones de queso.

Días después, el joven empezó a ceder ante un veneno muy común que habita en todos los seres, y que es tan antiguo como la existencia misma del hombre. Ese veneno invadía de furia y estrés cada momento de su vida, y conforme aparecía una nueva burbuja explotaba. El hombre decidido no quiso volver al colegio por varias semanas, hasta que empezó a aceptar la realidad, y decidió volver al salón de clases. Era temprano, y su familia le preparaba unos huevos con mantequilla y leche cortada, que había fermentado desde hace poco tiempo. El joven demacrado con el rostro en todas partes era consciente que la leche le hacía mucho daño, pues desde aquella ocasión cuando ingería estos productos su rostro

se desfiguraba más. Lo malo en este asqueroso pueblo es que todos son unos obsesionados, y desde ahí en cada comida de cada casa existía en los platos algún derivado de la leche.

En el desayuno, sus padres habían notado las tristes cicatrices en su rostro, pero no se habían animado a decir nada, y entre gestos su indiferencia generaba en él un repudio bastante melancólico, matizado con toques de cólera que denotaban una tensión que desde hace varios días se sentía, pues ni el joven ni los padres se animaron a responderla. Tanto es así que las únicas palabras que se rotaron fue un adiós, casi de mala gana, pues el padre tenía que irse a trabajar, y eso encendió la rabia que tenía desde hace varios días, y súbitamente se levantó de la mesa, dejando todo el desayuno, y se dispuso a ir solo al colegio, pese a que no recordaba muy bien por donde dirigirse. Las casas en el Flagelo después de aquella tormenta estaban con daños visibles, pero que no afectaban sus estructuras; el ambiente dentro del pueblo era el de la recuperación de una catástrofe, pero varios meses después, como en ese momento donde las casas están casi reparadas, aunque no se pueda negar la existencia de una catástrofe. Su casa, pese a esa parte del techo que descolgó estaba bien, de esto se dio cuenta porque el sonido de las láminas de acero de las que estaba hecha el techo estaban colgando, y hacían un ruido que se asemejaba a un chirrido que sonaba constantemente cada cierto tiempo. Mientras se disponía a salir de su casa encontró en el primer piso, casi a la entrada, un fragmento del espejo roto de la noche anterior. El guardó el espejito en el bolsillo, y desde ese día no se volvió a separar de él, al menos, hasta el 4 de julio de 1986. Ya en el colegio, nadie notó aquel pintoresco cambio, exceptuando a la joven visitante que se quedó contemplando por varios minutos aquel cambio brusco. Las clases se gestaron con regularidad, pese a que varias personas notaban el cambio, eso sí, sin comentario alguno. Ya saliendo de clases, en la tarde, se enteró que durante esos días que no había podido asistir

(pues después del suceso del espejo estuvo varios días sin ir al colegio) se había programado una reunión entre padres, funcionarios y estudiantes, con el motivo de la financiación de una nueva compañía de lácteos que estaba interesada en invertir en el pueblo del Flagelo. Fue durante esa tarde que Mr. Chess creó su historia, junto con sus padres.

La reunión fue simple: Tenían que hablar de en qué se iban a depositar los recursos, pues no se tenía certeza de si era mucho más prudente invertirlos en las casas de los estudiantes, o en la escuela como tal. La mayoría de padres discutían la idea de que sin un buen techo donde vivir, no se podía ni pensar en la idea de una calidad de educación, mientras otros decían que esos recursos eran con la intención de mejorar la infraestructura escolar y que para eso debían ser destinados. Los padres del joven estaban a favor de la primera opción, pues necesitaban el dinero para arreglar su hogar, por lo que en su intervención dijeron que el dinero de la empresa iba destinado a la educación de los estudiantes y no a la educación en sí, así que debían mejorar el ambiente del estudiante para que estuviera más dispuesto a estudiar. Luego, unos padres cuestionaron su idea pues el padre de Chess fue de los opositores al sistema escolar actual, y no tenía sentido que el dijera que se debía hacer con el dinero. Pronto la discusión diplomática fue escalando hasta tocar el tema de la calidad de vida. Tan pronto como se tocó este tema los opositores a los padres del joven dijeron que si de verdad se preocuparan por la calidad de vida no hubieran permitido que su hijo tuviera la cara “like a Cheese”.

Después de estas fuertes palabras, un ruido, como el que sucede antes de las catástrofes comenzó. Pronto el ruido se transformó en risas y los miembros de la reunión cambiaron el tono de la discusión a uno más jovial y al final se resolvió todo más fácil, la mitad de recursos a la infraestructura y la otra a las casas. Después de la reunión, y entre el tono alegre que

aquel comentario espontáneo salió a la luz, los niños se quedaron con aquel sobrenombre, y pasó de un tono banal a uno jocoso, donde decirle Cheese se convirtió en parte de el lenguaje común.

Sería natural pensar que el joven ignoró el comentario, pero para nada fue así. Y es que le era imposible aceptarlo. No solo la semejanza de un objeto con su rostro era jocosa, sino que también con el tiempo varios atributos del queso se le fueron atribuyendo. Se decía que olía mal, que tenía la piel amarillenta, y que se llevaba mal con la gente. Pronto el apodo lo caracterizó tanto que la única opción que encontró fue irse a prestar servicio militar a la nación americana, que curiosamente trajo el flagelo a su vida. Años después, con el colegio terminado, se entregó al ejército. Lo único que empacó fue el espejo que siempre lo había acompañado, y la estampilla del pueblo. Quería dejar todo atrás, pero lo más importante era dejar su imagen. Ya en el ejercito se fue haciendo un gran militar por su habilidosa capacidad de estrategia, fue desde ese campo que uno de sus superiores lo invitó alguna vez a una reunión casual para hablar de temas fútiles. El licor también acompañó la reunión, y como bien lo sabe hacer, trajo consigo verdades del pasado que el solo decidió contar. En la oficina donde se ejecutó el encuentro habían dos repisas, una de libros y otra más pequeña con unas medallas. En esta otra remesa se encontraba una tablero de ajedrez que funcionaba de adorno, era bastante pequeño e incluso le faltaban algunas piezas. El reclutado nunca había visto un tablero de ajedrez. Ciertamente es que en medio de esa conversación surgió una discusión sobre el cifrado de la comunicación en los operativos militares, y lo peligroso que podría ser usar nombres o información sin filtros. El jefe le propuso, que para fines prácticos, y gracias a su habilidad estratégica, usara el código Chess, como signo de su estrategia y dedicación. Gracias al azar Chess encontró una nueva manera de redefinir su nombre, y después de la

reunión, se dispuso a cambiar su vida. Desde campos de entrenamientos a torneos, Chess se dedicó toda su vida a mejorar su habilidad en el ajedrez de una manera casi obsesiva, y su dedicación daba frutos en los torneos que ganaba. Así fue su servicio durante los 20 años que lo prestó, y ciertamente en su jubilación, y sin conocer a nadie, decidió volver a la isla que lo vio nacer.

Después de tanto tiempo nadie lo reconoció, él llegó de incógnito y yo lo conocí de casualidad en un bar donde a los jóvenes les contaba sus historias durante su servicio, y de vez en cuando soltaba cosas personales que fuimos conociendo conforme su cordura y depresión aumentaba, pues el alcohol es el mayor enemigo para los hombres inconformes, y él nunca estuvo de acuerdo consigo mismo.

Es así, como el 4 de julio de 1916 en medio de un retraso de carga debido a las malas condiciones meteorológicas, Chess se dirigió a la montaña donde cuando era pequeño se sentaba a divisar los barcos, con una botella en una mano y el fragmento de espejo en el otro. Los niños estaban al tanto de que Chess era un depresivo que en cualquier momento iba a perder los estribos y podía acabar con su vida, así que se les encomendó la misión de que tenía que avisar donde se iba a morir Chess para después recoger su cuerpo. El señor ya mayor se sentó en la colina, se tomó la botella de alcohol y empuñó el espejo que lo había acompañado durante tanto tiempo. Rápidamente los niños se dirigieron a avisar a la gente que Chess iba a cumplir su cometido, y las personas expectantes de un suceso diferente al del proceso láctico se quedaron divisoando aquel diferente acontecimiento. Mientras Chess miraba su mano con melancolía, divisó a la montaña, dejó la botella a un lado, y asió el fragmento del espejo a tal punto que el filo de los bordes empezaba a lacerar su piel, botando la sustancia que había desprendido en su infancia. Su mano temblaba, pero

no del dolor, sino de los nervios. Rápidamente se limpió la mano, y con un pañuelo, tomó suavemente el pequeño espejo y después de tantos años por fin tomó el espejo, emprendiendo la tarea de contemplarse de tú a tu, notando las arrugas y las historias de su edad. Después de unos minutos de contemplación lanzó el espejo al mar, y se dispuso a su casa a comer queso.

Los habitantes quedaron locos, porque ciertamente el 4 de julio de 1916 no pasó nada, y semanas después estaba Cheese comiendo huevos bañados con mantequilla, y leche cortada.